

José Félix Ribas
General de la juventud
CO
Ediciones Correo del Orinoco

José Félix Ribas
General de la juventud

Colección Infantil
EDICIONES CORREO DEL ORINOCO
Alcabala a Urapal, Edificio Dimase, La Candelaria, Caracas-Venezuela
www.correodelorinoco.gob.ve - Rif: G-20009059-6



Descargue nuestras publicaciones en: www.minci.gob.ve

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela
Delcy Rodríguez
Ministra del Poder Popular para la Comunicación y la Información

Texto: **Michel Bonnefoy**
Ilustraciones: **Kabir Rojas**
Corrección y edición: **Francisco Ávila**
Diseño y diagramación: **Saira Arias**

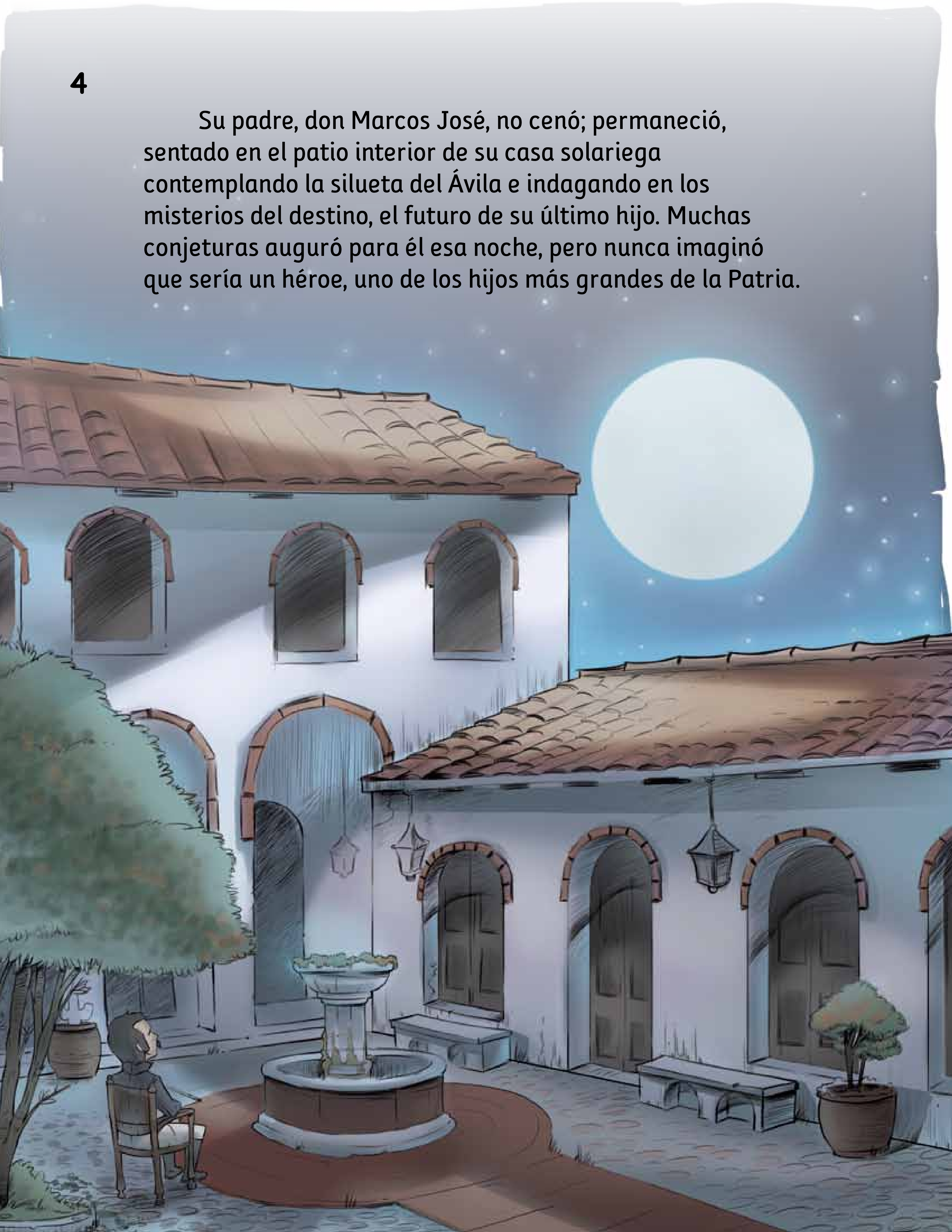
Depósito legal: lfi 2692014320633
ISBN: 978-980-7560-95-5
Impreso en la República Bolivariana de Venezuela
en la Imprenta Nacional y Gaceta Oficial
Tiraje: 5.000 ejemplares

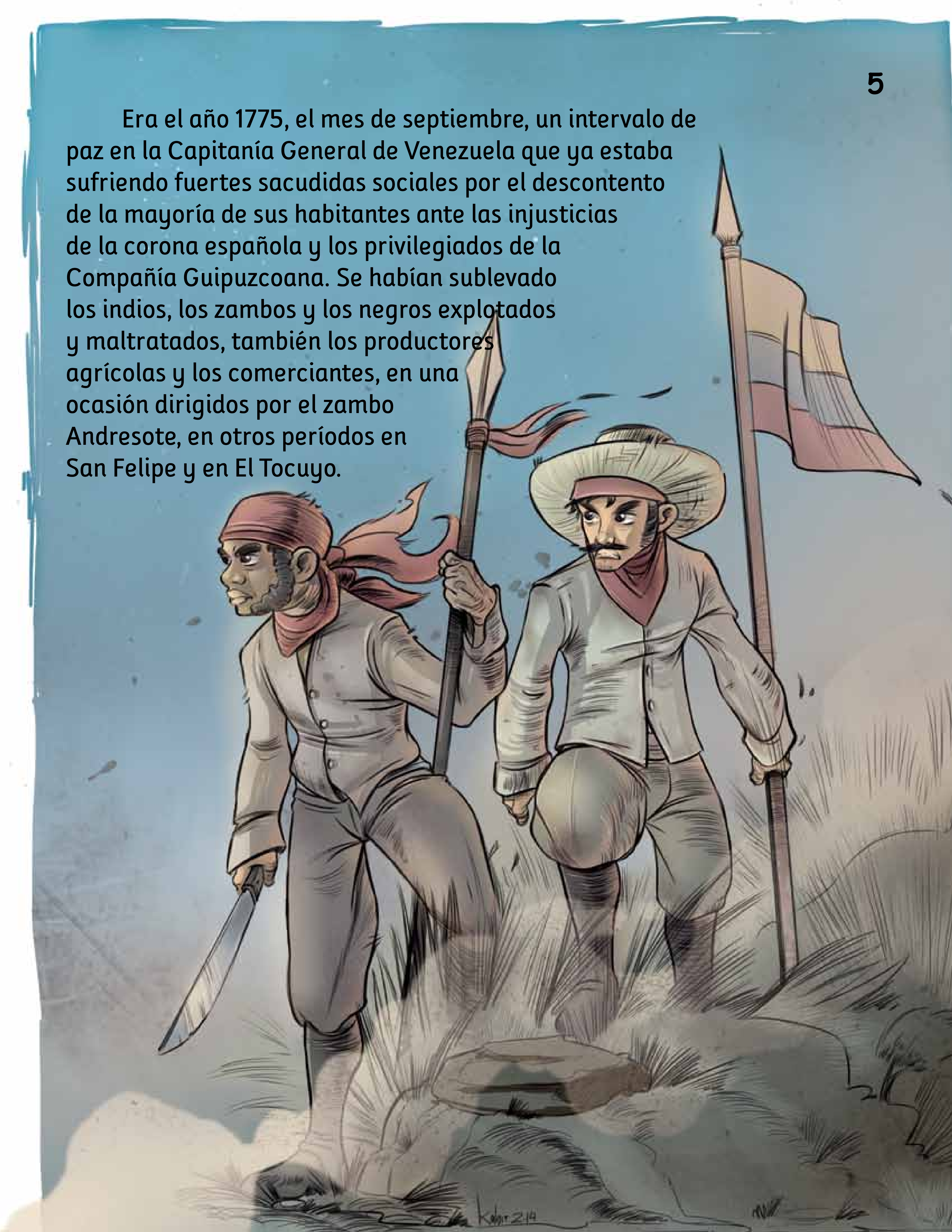
Marzo, 2014

Hacía frío en Caracas la noche estrellada que nació José Félix. Los dolores de parto de la señora Petronila empezaron en la tarde, pero rompió fuente después de medianoche, cuando sus otros diez hijos ya dormían plácidamente en las habitaciones de techo alto y mantas gruesas.



Su padre, don Marcos José, no cenó; permaneció, sentado en el patio interior de su casa solariega contemplando la silueta del Ávila e indagando en los misterios del destino, el futuro de su último hijo. Muchas conjeturas auguró para él esa noche, pero nunca imaginó que sería un héroe, uno de los hijos más grandes de la Patria.



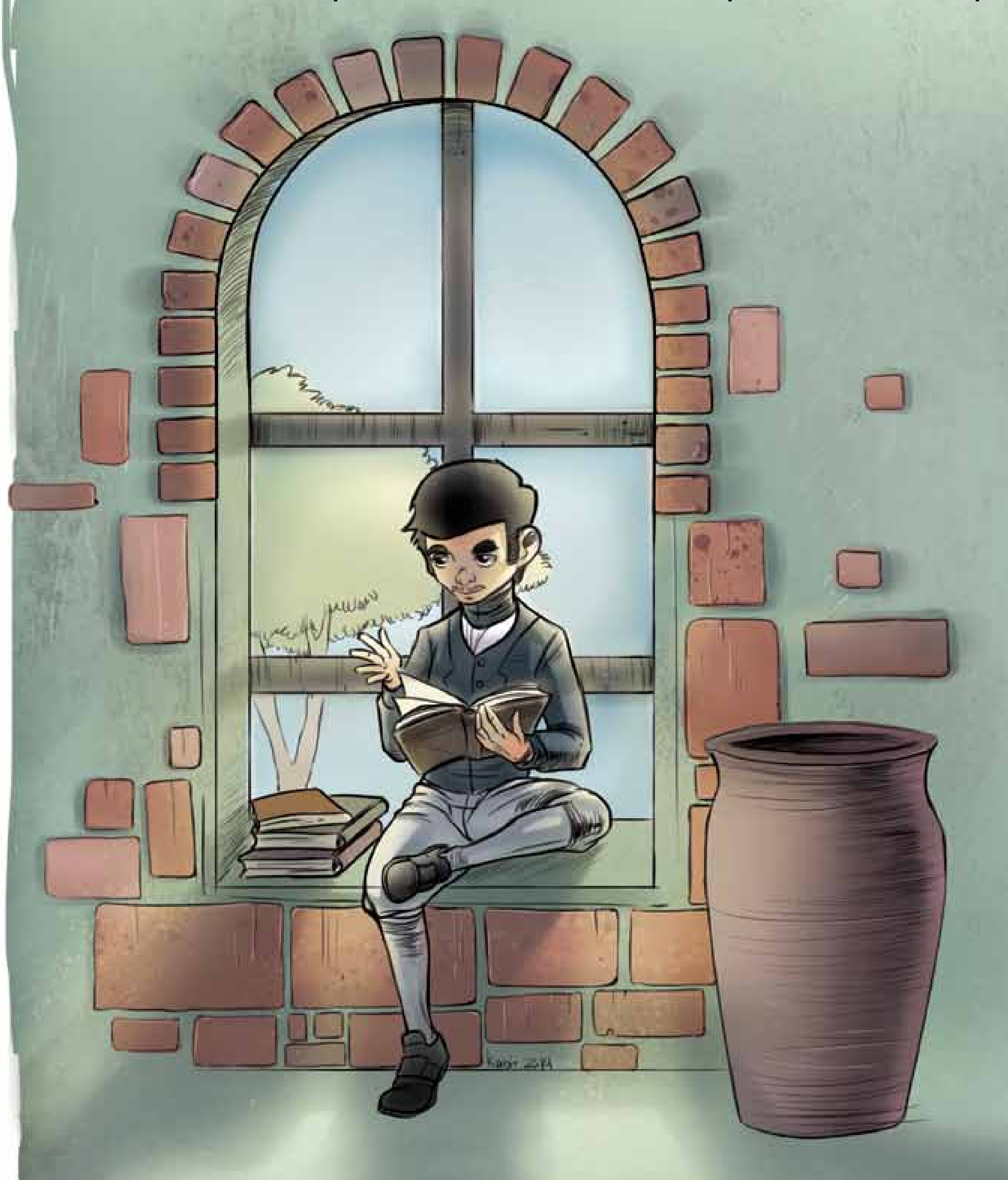


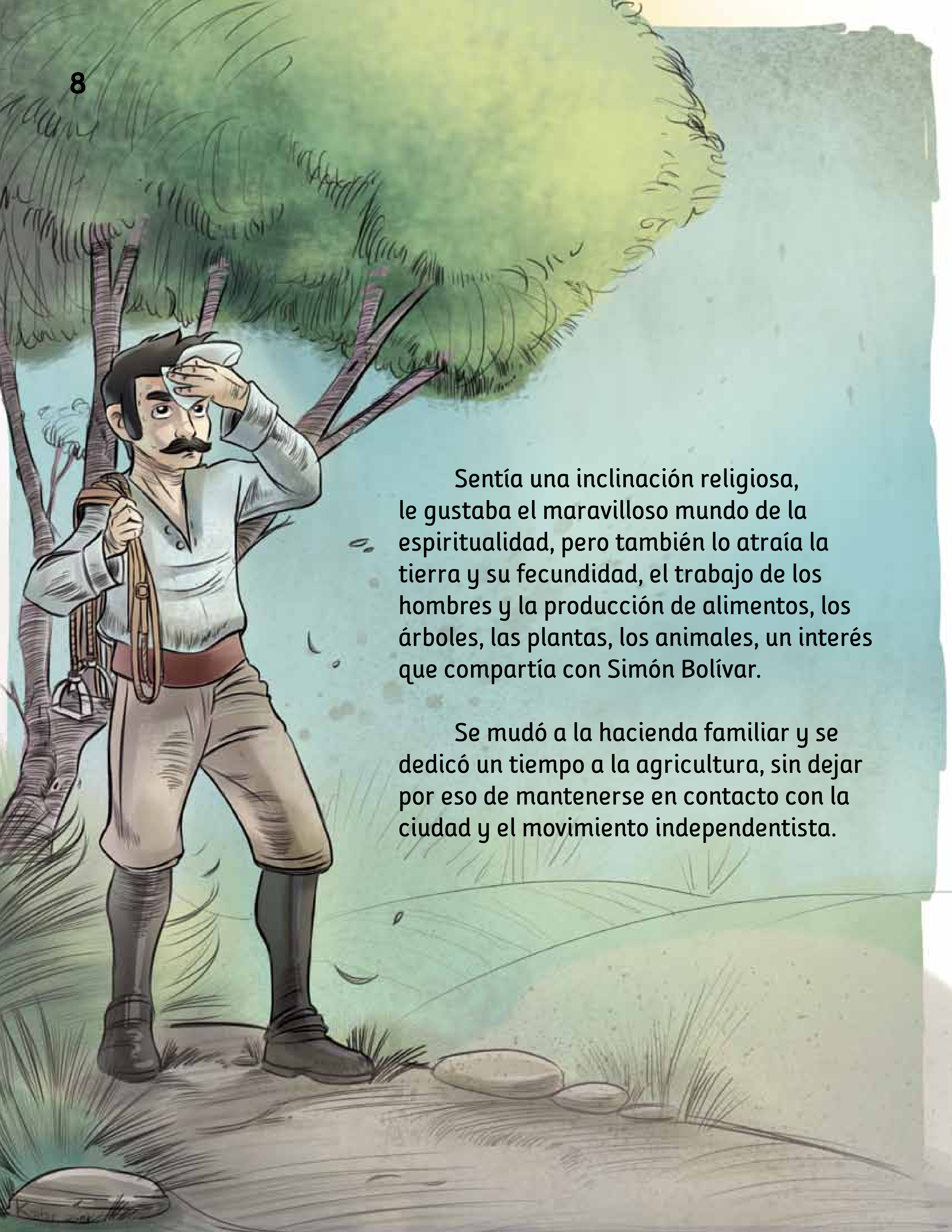
Era el año 1775, el mes de septiembre, un intervalo de paz en la Capitanía General de Venezuela que ya estaba sufriendo fuertes sacudidas sociales por el descontento de la mayoría de sus habitantes ante las injusticias de la corona española y los privilegiados de la Compañía Guipuzcoana. Se habían sublevado los indios, los zambos y los negros explotados y maltratados, también los productores agrícolas y los comerciantes, en una ocasión dirigidos por el zambo Andresote, en otros períodos en San Felipe y en El Tocuyo.

En ese ambiente de turbulencias, pero en una familia pudiente, creció el niño José Félix, correteando con sus hermanos en los corredores que rodeaban el patio señorial, escondiéndose detrás de los pórticos, luego estudiando en el seminario, inquieto, con ganas de comprender el mundo, más amplio y más apasionante mientras más aprendía.



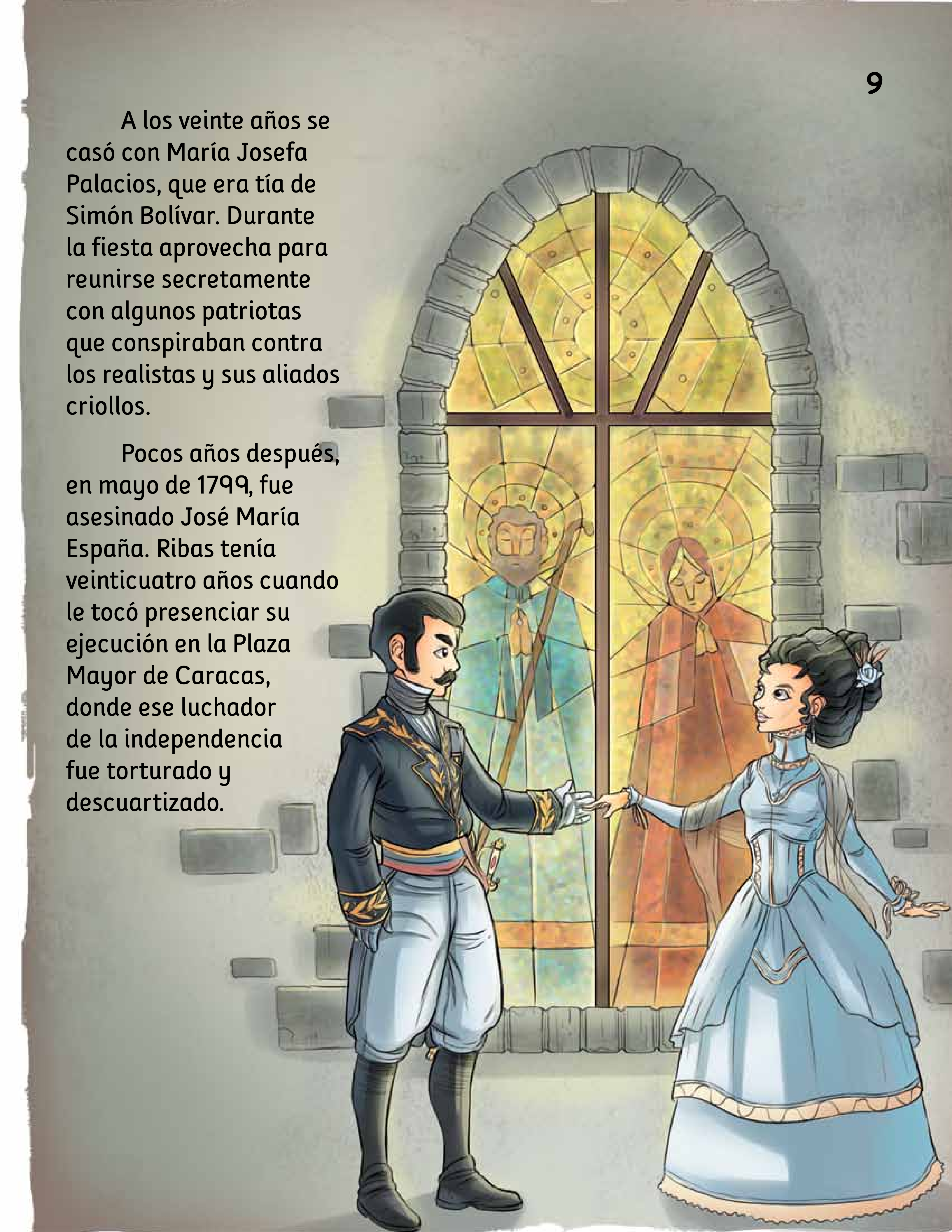
Por ahí cerca, en el vecindario, nació entretanto Bolívar, que más tarde sería su mentor y su líder en la lucha por la independencia. También por esos años se levantaron los comuneros de Mérida contra el dominio español y más tarde en Coro se rebeló el pueblo con José Leonardo Chirino. De todo eso se fue impregnando el joven José Félix Ribas, que desde temprana edad se interesó en la política como herramienta para liberar a su pueblo.





Sentía una inclinación religiosa, le gustaba el maravilloso mundo de la espiritualidad, pero también lo atraía la tierra y su fecundidad, el trabajo de los hombres y la producción de alimentos, los árboles, las plantas, los animales, un interés que compartía con Simón Bolívar.

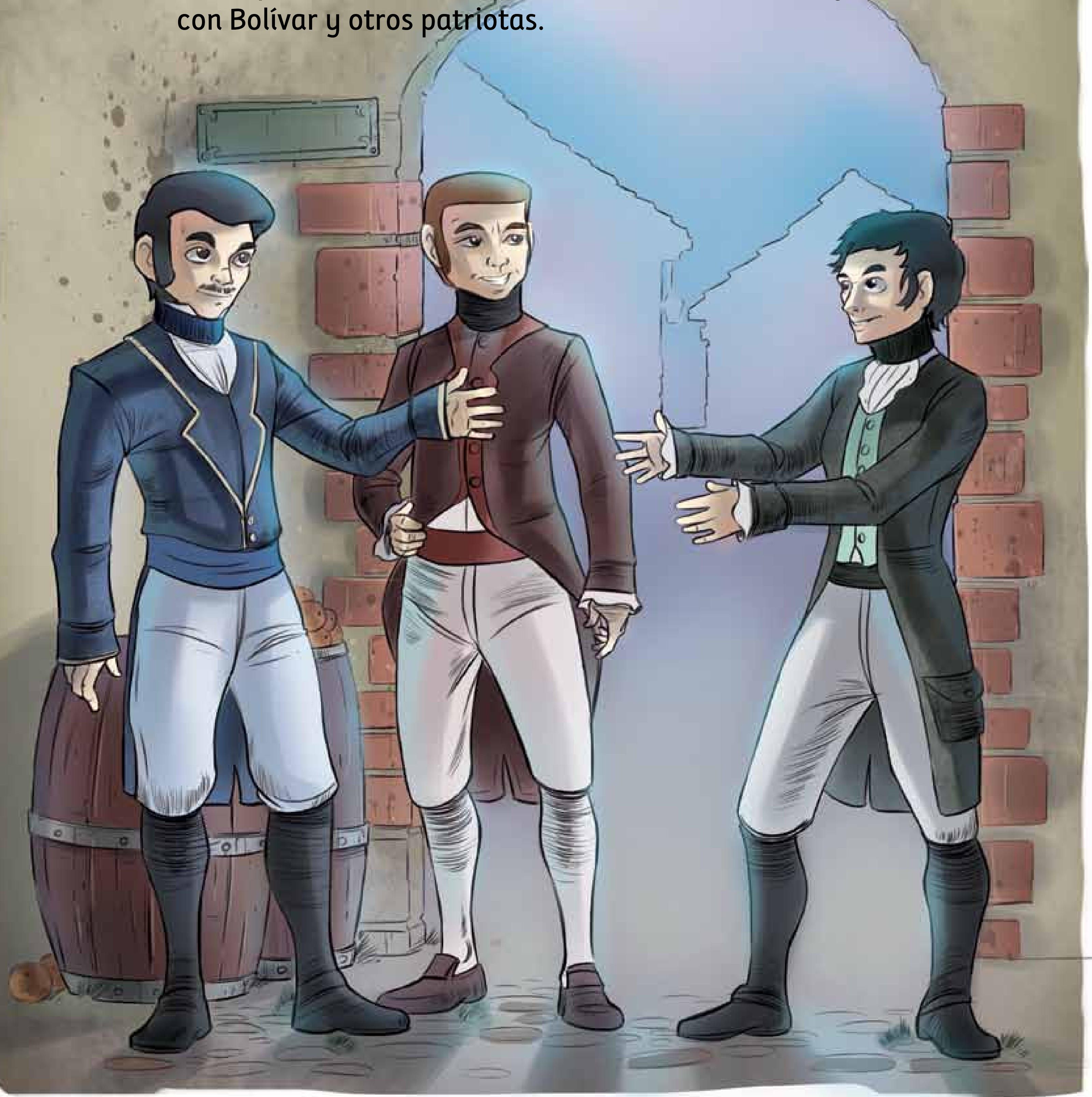
Se mudó a la hacienda familiar y se dedicó un tiempo a la agricultura, sin dejar por eso de mantenerse en contacto con la ciudad y el movimiento independentista.



A los veinte años se casó con María Josefa Palacios, que era tía de Simón Bolívar. Durante la fiesta aprovecha para reunirse secretamente con algunos patriotas que conspiraban contra los realistas y sus aliados criollos.

Pocos años después, en mayo de 1799, fue asesinado José María España. Ribas tenía veinticuatro años cuando le tocó presenciar su ejecución en la Plaza Mayor de Caracas, donde ese luchador de la independencia fue torturado y descuartizado.

Desde entonces, José Félix Ribas, quien fue más tarde conocido como "el alma de la República", no dejó jamás de combatir contra la corona española y por la libertad de su pueblo. Así es como llegó a ser uno de los fundadores de la Sociedad Patriótica y el "representante de los pardos" en los sucesos del 19 de abril de 1810, junto con Bolívar y otros patriotas.



Forma parte de la Junta Suprema de Caracas, pero apoya la independencia absoluta de Venezuela y organiza protestas y manifestaciones en apoyo a otros movimientos antimonárquicos, como la ejecución de 28 patriotas en Quito, lo cual le genera problemas con la Junta, quien lo termina expulsando por ser excesivamente radical.

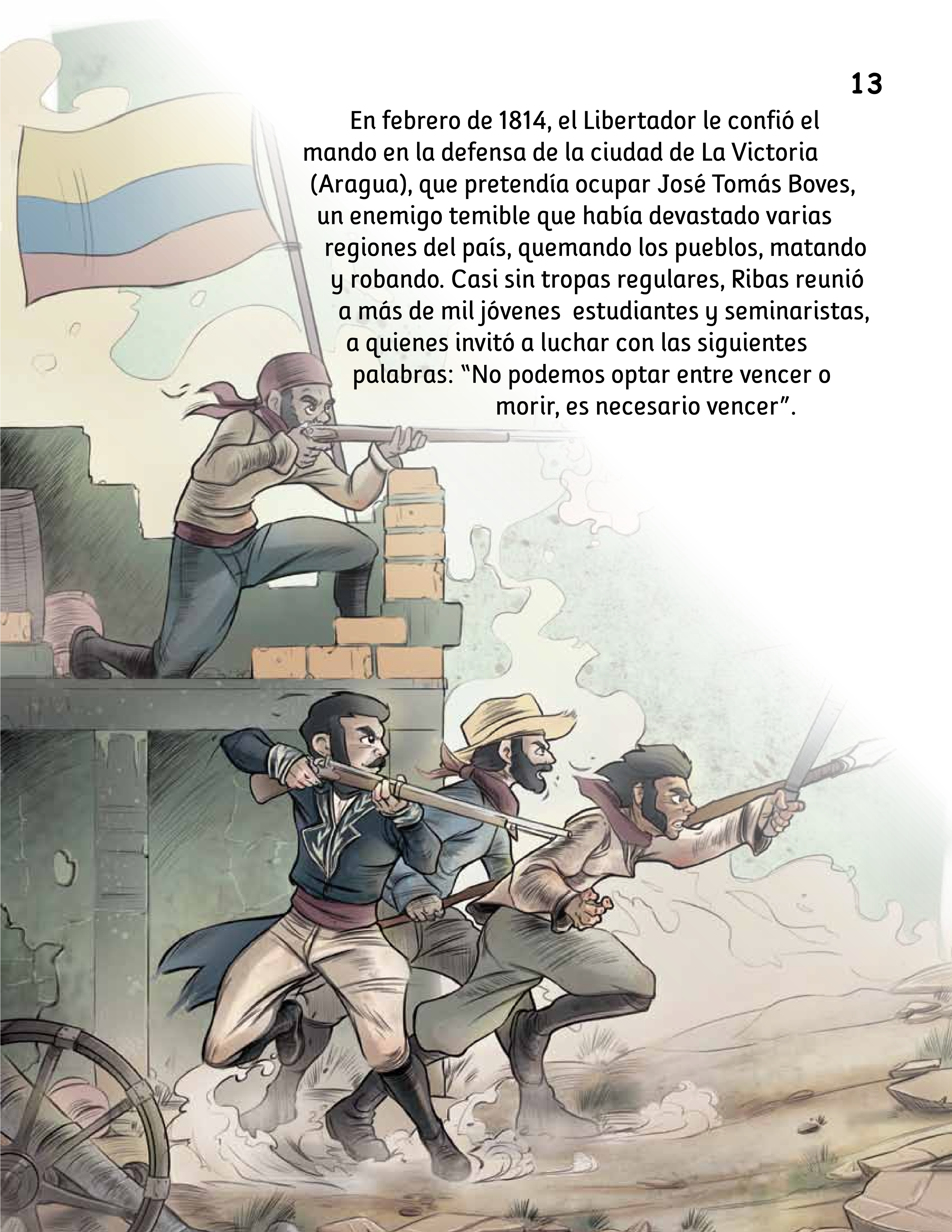
Inicia entonces su carrera militar como coronel del batallón de Milicias Regladas de Blancos de Barlovento. Bajo las órdenes del general Francisco de Miranda, participa en la campaña contra Domingo Monteverde y en Caracas asume el cargo de comandante militar de la ciudad.



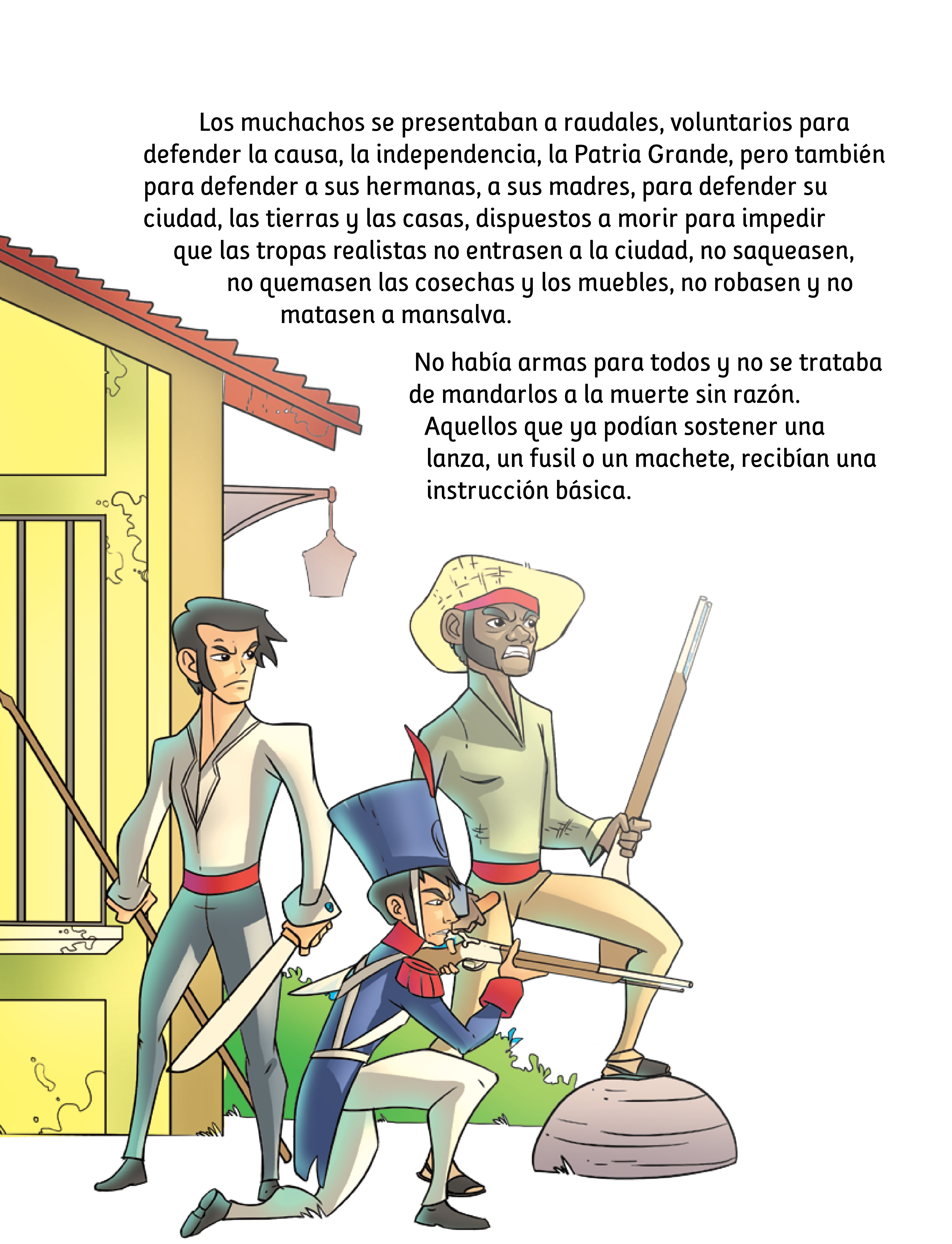


Al caer la Primera República, en 1812, tiene que salir a Curazao junto a Bolívar y luego a Nueva Granada, donde inician la Campaña Admirable después de haber liberado la región del río Magdalena.

En agosto de 1813, cuando Bolívar entra triunfante a Caracas poniéndole fin a la Campaña Admirable, José Félix Ribas es nombrado Comandante General de la Provincia, grado que ejercerá hasta convertirse en General de División. Había obtenido victorias cruciales en Niquitao (Trujillo) y Los Horcones (Lara), además de otras batallas y escaramuzas.



En febrero de 1814, el Libertador le confió el mando en la defensa de la ciudad de La Victoria (Aragua), que pretendía ocupar José Tomás Boves, un enemigo temible que había devastado varias regiones del país, quemando los pueblos, matando y robando. Casi sin tropas regulares, Ribas reunió a más de mil jóvenes estudiantes y seminaristas, a quienes invitó a luchar con las siguientes palabras: "No podemos optar entre vencer o morir, es necesario vencer".



Los muchachos se presentaban a raudales, voluntarios para defender la causa, la independencia, la Patria Grande, pero también para defender a sus hermanas, a sus madres, para defender su ciudad, las tierras y las casas, dispuestos a morir para impedir que las tropas realistas no entrasen a la ciudad, no saqueasen, no quemasen las cosechas y los muebles, no robasen y no matasen a mansalva.

No había armas para todos y no se trataba de mandarlos a la muerte sin razón. Aquellos que ya podían sostener una lanza, un fusil o un machete, recibían una instrucción básica.

El 12 de febrero a las ocho de la mañana, Morales, siguiendo órdenes de Boves, lanza 7.000 hombres al ataque de esa pequeña ciudad de muros de adobe y techos de teja roja. Al principio de la batalla, los resistentes tuvieron que retroceder y agruparse en la plaza. Eran 2.000 aproximadamente, muchos sin formación militar y mal apertrechados. La resistencia fue heroica. Se prolonga por varias horas. Hay miedo, hay hambre, hay sed, pero hay coraje, hay fe en la victoria y hay un gran general que los mantiene unidos y fuertes.

A veces logran salir de la plaza y avanzan unos metros por las calles aledañas. La lucha es encarnizada. Nueve veces Morales lanza las hordas salvajes y nueve veces son rechazadas.



Como a las cuatro de la tarde, aparecen por el camino de San Mateo 220 patriotas al mando de Campo Elías, quien rompe las filas enemigas e irrumpe en la plaza. Se abrazan en medio de los cañonazos y los disparos. Sus gritos de victoria hielan la sangre de los asaltantes que titubean.

Al anochecer, Boves, que estaba en Villa de Cura herido de una batalla anterior, corre en auxilio de Morales con sus tropas de reserva. Realistas y patriotas se enfrentaron en las alturas de Pantanero, donde los españoles vuelven a ser derrotados y se retiran.



Simón Bolívar, al saber de la victoria de José Félix Ribas, le concedió el título de "Vencedor de los Tiranos".

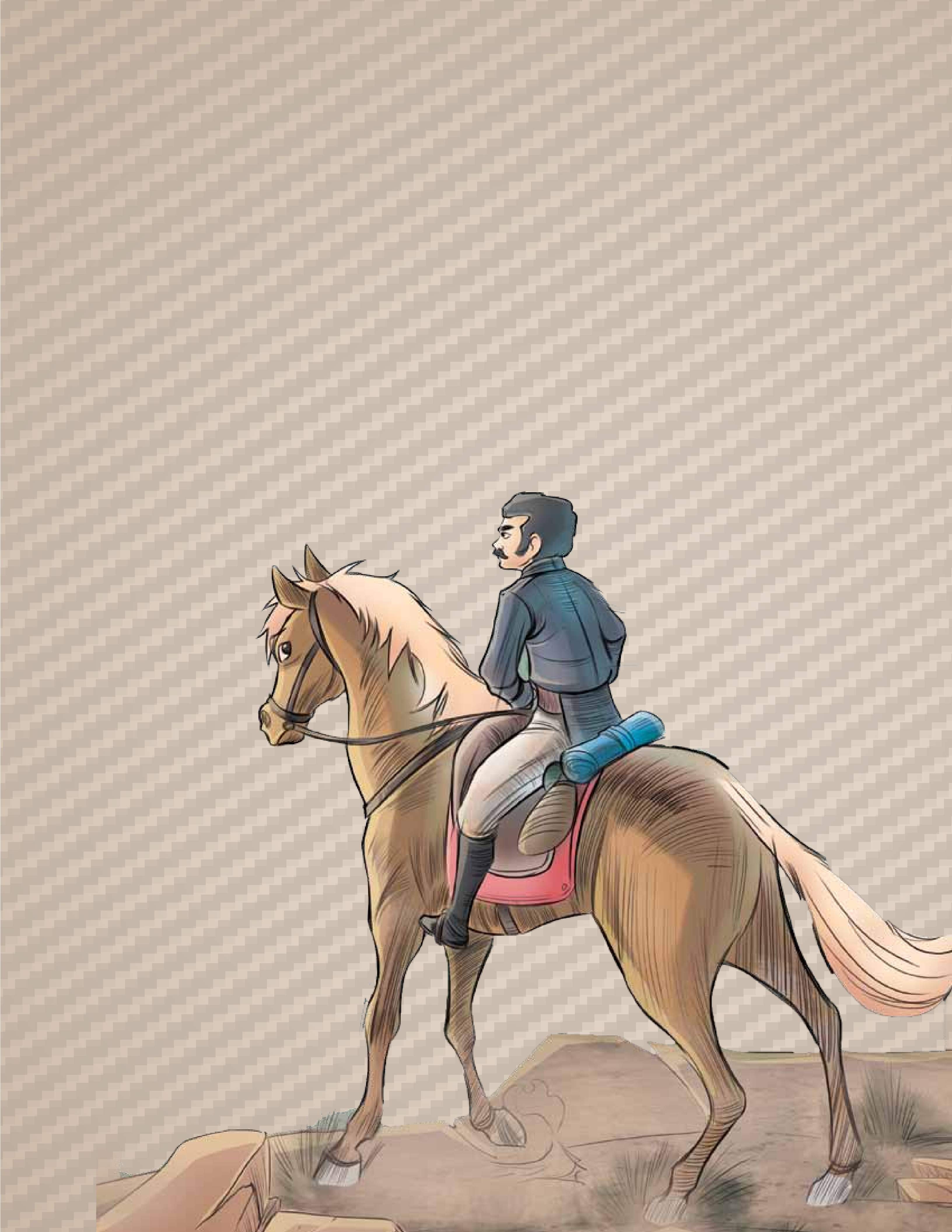
Poco tiempo después, en diciembre de 1814, Ribas volvió a enfrentar a Boves, esta vez con la ayuda de Bermúdez, en Urica (Anzoátegui). Los patriotas contaban con la mitad de soldados que los realistas. Estos últimos, pese a que ganaron la batalla, perdieron a su jefe, el general Boves, quien murió durante un asalto de caballería.

Esa derrota, entre otras, marca el fin de la Segunda República. José Félix Ribas es capturado cerca de la ciudad de Valle de la Pascua (Guárico), donde se encontraba intentando reconstituir la resistencia contra las tropas realistas de ocupación. Lo detienen junto a un sobrino y un criado, quienes fueron ejecutados inmediatamente.



El 31 de enero de 1815, José Félix Ribas cruzó la Plaza Mayor de Tucupido con las manos atadas en la espalda, el pecho henchido y la mirada digna, vigilado por un puñado de soldados de la corona española. Una multitud de hombres y mujeres que rodeaban la comitiva lloraron al héroe en silencio.

Lo fusilaron con el odio de quienes se sabían derrotados, pero arropado por el amor de todo un pueblo que todavía hoy, 200 años después, lo venera como uno de los mejores hijos de nuestro continente americano.







El valor del general Ribas vivirá siempre en la memoria americana.

Simón Bolívar



